

En las festividades de San Pacho es notoria la gran participación de la comunidad chocona a través de las diferentes manifestaciones, donde se hace evidente la creatividad e ingenio de los sanpacheros.



Archivo  NASA-Producciones

## “Perdido” Un cuento Sanpachero

Rafael Gómez Díaz

Fundador del Centro Cultural Mama-Ú (1998 2006)



Sabía que su esposa debería estar a punto de enloquecer, que Natalia y Juan Carlos, sus dos hijos, estarían desconsolados. Que su familia

entera ya habría recorrido hospitales, anfiteatros, cuarteles y batallones intentando hallar a quien allí no desearían encontrar. Pero cómo contar lo que le acaba de ocurrir... Estaba convencido de que nunca le creerían, él mismo no acababa de creerlo, el mismo no terminaba de sorprenderse.

La última vez que llamó a su familia fue el 20 de septiembre. José Antonio Caicedo, abogado, representante de una prestigiosa empresa, había sido destinado a visitar por cuestiones comerciales este pequeño pueblo negro. De no ser por el oro, el platino, la bauxita y el manganeso, estaba convencido de que esta región no la conocerían ni sus propios habitantes.

Su última reunión con algunos posibles socios locales, fue hasta las doce del día, inmediatamente después de la cual habló con su familia.

Amante de músicas selectas y exquisitas, intentaba siempre vivir alejado de la guacherna y el populacho. Impecablemente vestido, siempre de traje, no soportaba el contacto con el sudor y los malos olores.

Una prolongada algarabía le impedía hacer su siesta. ¡Maldita sea!, dijo en voz baja. Se puso la almohada sobre la cabeza e intentó continuar durmiendo, pero el ruido era cada vez más fuerte. Sin tener más alternativas, se levantó, se arregló y se dispuso a ver personalmente qué era lo que le pasaba. Bajó del hotel, llegó hasta la carrera tercera, pensó que en esa esquina, justo donde daba la sombra de la pared de la casa alta, era el mejor lugar para observar.

El ruido de tambores y clarinetes crecía, conforme aumentaba también el número de personas que se iban juntando para ver pasar por allí el desfile. Se dio cuenta que era el único blanco en medio de todos los negros. Le cayó la mosca a la leche pensó para sí y se sonrió discretamente. La muchedumbre era mayor y mayor también el calor, y el desfile empezó a pasar.

Comparsas de todos los colores y formas, disfraces, músicas, bailes, esto era un verdadero carnaval. Cuerpos que sudaban, que se regalaban sus olores, que veían y eran vistos, que saltaban, que reían. No me empuje, le dijo José Antonio a la señora gorda que lo apretujaba con sus tetas.

Entonces quítese o métase al revulú, contestó ella. Sintió que lo que más odiaba el sudor y los malos olores, lo rodeaban, lo abrazaban, lo poseían.

Giró de nuevo la cabeza para mirar hacia atrás, estaba diciendo -Ya le dije que no me empu... cuando la borrasca de gente lo arrastró.

Y de allí no tuvo tiempo de más. Justo cuando intentaba salir por algún lado o por algún resquicio nuevamente se prendía la fogosidad del pueblo que lo envolvía. Y se abandonó a su suerte. Se sentía bailando y brincado chirimía y también champeta, se vio comiendo sancocho de las tres carnes, se supo visitando la Yesquita, las Margaritas, el Pandeyuca, Roma, la Alameda, la Esmeralda, la Yescagrande, Kennedy, el Silencio, Cesar Conto y el Niño Jesús. La sed era calmada con aguardiente platino. Y no supo más y se abandonó al tiempo.

No era un sueño. Miró detenidamente su reloj y vio que marcaba las seis, levantó la mirada al cielo y comprobó que efectivamente eran las seis de la mañana.

Nuevamente se concentró en su reloj, con su mano derecha lo manipuló y se sorprendió, los ojos engrandecidos le brillaban como si acabara de ver algún espanto; una y otra vez se pegaba de su reloj y la reacción era la misma. Miró a su alrededor, se puso en pie y se acercó al señor de sombrero. ¿Qué fecha tenemos hoy? Preguntó. - Cuatro de octubre, contestó el señor.

Y ahora aquí de pie, mirando detenidamente su reloj, justo a las seis de la mañana del cuatro de octubre, cómo explicarle a todos que se perdió en Quibdó, en un baile de días, en honor a San Pacho, a quien devotamente otros llaman San Francisco de Asís.